

Rebecca Manley Pippert

S Fuera *del*  
SALERO  
P Para servir al mundo



Evangelización como estilo de vida



Rebecca Manley Pippert

S Fuera *del*  
SALERO  
P Para servir al mundo

Evangelización como estilo de vida



Ediciones Certeza Unida  
Barcelona, Buenos Aires, La Paz  
2004

Título en inglés: *Out of the salt shaker and into the world*,

© 1999 Rebecca Manley Pippert. Traducido y publicado con permiso de InterVarsity Press, PO Box 1400, Downers Grove, Illinois 60515, USA. [www.ivpress.com](http://www.ivpress.com) | [mail@ivpress.com](mailto:mail@ivpress.com)

Segunda edición en castellano © Ediciones Certeza Unida, Buenos Aires, 2004. Queda hecho el depósito que marca la ley argentina 11.723. Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización de los editores.

ISBN 950-683-109-2

Las citas bíblicas corresponden a la versión: *Reina-Valera Revisada*, 1995, salvo si se indica *Versión Popular: Dios habla hoy* (VP).

Traducción: Virginia Powell

Edición literaria: Nora Redaelli y Adriana Powell

Ediciones Certeza Unida es la casa editorial de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos (CIEE) en los países de habla hispana. La CIEE es un movimiento compuesto por grupos estudiantiles que buscan cumplir y capacitar a otros para la misión en la universidad y el mundo.

Más información en:

**Certeza Argentina**, Bernardo de Irigoyen 654, (C1072AAN) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. [certeza@certezaargentina.com.ar](mailto:certeza@certezaargentina.com.ar)

**Editorial Lámpara**, Calle Almirante Grau N° 464, San Pedro, Casilla 8924, La Paz, Bolivia. [coorlamp@entelnet.bo](mailto:coorlamp@entelnet.bo)

**Publicaciones Andamio**, Alts Forns 68, Sótano 1, 08038, Barcelona, España. [editorial@publicacionesandamio.com](mailto:editorial@publicacionesandamio.com)

**Ediciones Puma**, Av. Arnaldo Márquez 855, Jesús María, Lima, Perú. Teléfono / Fax 4232772. [puma@cenip.org](mailto:puma@cenip.org); [puma@infonegocio.net.pe](mailto:puma@infonegocio.net.pe)

Dedico este libro a Jim y Ruth Nyquist.  
Su amor por Dios y por la gente tocó a  
muchas personas, inclusive a mí misma,  
con la belleza de la gracia de Dios.



# Contenido

---

Introducción	7
1 En España y sin poder dormir	13
2 Jesús, el más humano de todos	29
3 Jesús, el Señor de todos	43
4 Una cuestión de amor: Identificados con el mundo	59
5 Una cuestión de santidad: Diferentes del mundo	77
6 Una cuestión de obediencia: Otra manera de conocer a Dios	91
7 Cristo con nosotros	103
8 Practicar la presencia de Cristo	115
9 Cultivar la comunicación	133
10 Tres maneras de testificar	147
11 Preparar la tierra	159
12 Plantar la semilla	177
13 Cosechar en la verdad y el amor de Dios	197
14 Cosechar en el poder de Dios	211
15 Presentar la verdad mediante la razón	225
16 Presentar la verdad mediante de relatos	241
17 Presentar la verdad en el poder del Espíritu	253
18 El testimonio de la comunidad	265
19 Sin visión, el pueblo perece	277
Bosquejos del evangelio	293
Libros para la evangelización	301
Notas	303





# Introducción

---

Hace veinte años, cuando se publicó por primera vez este libro, pensé que sabía quiénes serían mis lectores: dos ejemplares bastaban para mis padres y mis abuelos; seguramente lo leerían algunos estudiantes cristianos, puesto que yo trabajaba en el ministerio universitario y ese era el ámbito que mejor conocía; un pequeño grupo de cristianos norteamericanos, y algunas otras personas que tuvieran un interés especial en el área de la evangelización.

Estoy encantada por el hecho de que *Fuera del salero* haya llegado a un público más amplio y variado de lo que jamás hubiera pensado. Gracias a este libro he sido invitada a dar seminarios a ministros y congregaciones evangélicas de todas las denominaciones, a protestantes y a católicos en todo el mundo, a personas que luchan por ser testigos en el lugar donde están, ya sean empresarios exitosos, reclusos, universitarios o deportistas.

¿Por qué un libro sobre evangelización escrito desde una perspectiva protestante norteamericana llegó a un público tan amplio? Confío en que se deba en parte a que este libro ofrece una visión de la evangelización que respeta a quienes están en un proceso de búsqueda y aspira a tener relaciones auténticas con ellos, y porque estimula un tipo de testimonio que no va en contra de nuestra forma de ser. Pero creo que también hay una explicación más básica: cualquiera sea nuestra tradición o nacionalidad, el temor impregna todas nuestras actitudes hacia la evangelización.

El verdadero enemigo de la evangelización no es el temor sino la ignorancia. Tememos que nuestros amigos nos rechacen o nos dejen de lado si hablamos de nuestra fe; tememos que se ponga en evidencia lo que no sabemos; tememos que nuestras creencias se vean desafiadas. Además, rechazamos el uso de técnicas superficiales para comunicar la verdad a seres tan complejos como los humanos.

Cuando Andy Le Peau, de InterVarsity Press, me pidió que hiciera una revisión para el vigésimo aniversario de *Fuera del salero*, me hizo algunas preguntas desafiantes: ¿Qué aprendiste sobre la evangelización

en estos veinte años que no supieras cuando escribiste el libro? El hecho de que vivimos en una cultura muy diferente de cuando lo escribiste (sin ir más lejos, ni siquiera la Nueva Era era un dato de la realidad de aquel entonces), ¿ha cambiado en algo tu visión de la evangelización? Después de haber enseñado a católicos, a protestantes de iglesias tradicionales, a evangélicos, y a cristianos de muchos otros países, ¿crees que tu enfoque de la evangelización se ha modificado?

Al reflexionar sobre esas preguntas, me di cuenta que esta no sería una simple revisión — ¡sería prácticamente un libro nuevo! Quiero agradecerle a Andy sus preguntas agudas y, muy especialmente, ¡que no haya entrado en pánico cuando aparecí con tantos capítulos nuevos! Esta ha sido una de las experiencias más maravillosas que he tenido como escritora.

Además de dedicar la primera mitad del libro a actualizar y ampliar lo que había escrito sobre la vida de Jesús, sus valores y estilo de vida, acerca de la práctica de la presencia de Jesús en nuestra vida y sobre cuestiones prácticas de la comunicación, ¿qué otra cosa es *diferente* en esta nueva versión? Bueno, por una parte, yo soy diferente. Dios me ha dado extraordinarias oportunidades de enseñar y dialogar con creyentes de muy diversos ámbitos y tradiciones; esto ha ampliado y enriquecido enormemente mi pensamiento. Y como la mayoría de las personas, durante el transcurso de estos veinte años he leído más, he pensado más, he orado más y sufrido más.

También este tiempo es diferente. Esto exige repensar y volver a evaluar la mejor manera de comunicar el evangelio. No lo hacemos con el fin de crear un evangelio que se acomode a las tendencias del momento, sino para prestar atención a nuestro contexto cultural de modo que podamos redescubrir y proclamar el evangelio con poder y claridad renovados en esta época que nos toca vivir.

Otra diferencia proviene de las lecciones aprendidas al trabajar en la capacitación para la evangelización. Una pregunta que siempre hago a la gente en las conferencias sobre evangelización es: '¿Qué dificultades encuentran para compartir su fe?' Las respuestas son siempre las mismas. En París o en Ushuaia, con metodistas o con menonitas, las respuestas se agrupan en tres categorías: el uno por ciento dice que es el temor a que les hagan preguntas que no sepan responder; otro uno por ciento dice que tiene dudas acerca de los métodos de la evangelización, por ejemplo, cómo conducir una persona a Cristo; el noventa y ocho por ciento restante dice que siente que su capacidad de comunicación es inadecuada. Les preocupa la posibilidad de ofender a alguien, o quieren saber cómo plantear el

tema de Dios en una conversación sin que parezca forzado. Necesitamos capacitación no sólo en términos de contenido del evangelio sino también de herramientas para la comunicación. Los capítulos once a trece tratan sobre preguntas como las siguientes: ¿Cuál es el lugar de la verdad y cómo podemos hablar en el poder de la verdad de Dios? ¿Cómo podemos hacer realidad la presencia de Jesús en nuestra vida y expresar su amor al compartir el evangelio?

En una ocasión, una mujer me preguntó: ‘Si la evangelización se basa esencialmente en el poder sobrenatural de Dios, ¿cómo me conecto con el poder del Espíritu? ¿Qué herramientas espirituales son necesarias para enfrentar el engaño o la dureza de corazón?’

Su comentario me sorprendió porque era esta la primera vez, en todos los años que había trabajado en evangelización, que alguien planteaba este tema. Creo que en parte se debe a que vivimos en una cultura saturada del *yo*, en la cual los seres humanos se han colocado en el centro durante tanto tiempo, que nuestra tendencia natural, incluso como cristianos, es a concentrarnos en los aspectos humanos de la evangelización. Sin embargo, es *Dios* quien toma la iniciativa de buscar a las personas, es el Espíritu quien convierte, es el evangelio el que salva. La evangelización es asunto de Dios de principio a fin.

Por lo tanto, en esta nueva edición he incluido, especialmente en los capítulos catorce a diecisiete, material acerca del papel del Espíritu Santo en la evangelización y acerca de cómo aprender a depender del Espíritu de Dios y a mostrar su poder.

En la primera edición, el capítulo sobre apologética apuntaba más a responder al escéptico ‘moderno’, con quien compartíamos una misma idea acerca de qué era la verdad. Todavía me ocupo de este tipo de preguntas en el capítulo quince. Pero hoy en día la persona ‘posmoderna’ con frecuencia considera la verdad de una manera muy diferente. Por eso el capítulo dieciséis ofrece una apologética en función de la persona posmoderna, a menudo más interesada por lo experimentalmente ‘real’ que por lo verdadero.

Hoy está en boga considerarse ‘espiritual’. Sin embargo, en medio del clima de ‘relativismo absoluto’ en que vivimos, pronto descubrimos que se trata de una espiritualidad comparable con las ‘ofertas del mes’. En 1979, cuando escribí el libro, las formas alternativas de espiritualidad eran apenas un punto en la pantalla. Hoy están amplia-



**Del comienzo**


**al final, la**

**evangelización**

**es asunto**

**de Dios.**

mente difundidas. Por eso, en el capítulo diecisiete, incluyo material sobre cómo testificar a las personas que pertenecen a la Nueva Era y a otras corrientes de espiritualidad alternativa.

 En esta edición he desarrollado mucho más el tema de la evangelización y la iglesia local, en los capítulos dieciocho y diecinueve.

**Debemos salir**

**del salero**

**y meternos**

**en la vida.**

Al final de cada capítulo he incluido preguntas de repaso y reflexión. Espero que sean de ayuda para el lector individual, y una guía útil cuando se estudie el libro en grupo. Si usted es el coordinador, deberá leer las preguntas con anterioridad y seleccionar las que sean pertinentes para su grupo. Estimule a todos a participar, y cuando sea necesario reformule la pregunta de manera más clara y sencilla. El encuentro en

el grupo no es un examen de conocimientos sino una oportunidad para comprender y aplicar los conceptos aprendidos sobre la evangelización como un estilo de vida.

*Fuera del salero* comenzó a tomar forma antes de que me hiciera cristiana. Ya entonces tenía ideas definidas acerca de la manera en que las personas comunican las cosas que les son más importantes. Recuerdo una oportunidad en que me encontré con un cristiano devoto. Tenía el ceño fruncido, se lo veía ansioso e impaciente, y parecía disgustado. Luego me dijo que Dios me amaba. El contraste entre mensaje y estilo fue notorio. Recuerdo haber pensado: *Si Dios es tan bueno y nos ama tanto, ¿por qué este tipo está tan tenso cuando me habla?* Nuestra forma de comunicar un mensaje de buenas nuevas debería ser tan maravilloso como el mensaje mismo. Este libro trata acerca de cómo lograr que nuestro estilo concuerde con nuestro mensaje.

Jesús nos dice en el Sermón del Monte que somos la sal de la tierra, y nos desafía a no perder nuestro sabor —a ser ‘salerosos’. Esto significa, entre otras cosas, que debemos ser activos representantes suyos en el mundo. Debemos salir del salero y meternos en la vida, no para ser pisoteados sino para ser testigos vigorosos de Jesús como Señor y Salvador, el único que puede dar vida y sentido a un mundo que agoniza.

Estoy en deuda con mucha gente por su contribución con este libro. Mi madre, Sue, mi padre, Bob, ya fallecido, mi hermano Bobby y mi hermana Cathy me dieron un gozo y un gusto por la vida que fue quizás la mejor preparación que pude haber recibido para luego servir a otros. Ellos me enseñaron a celebrar.

Conocí por primera vez a Cristo a través de la señora Ethel Renwick; ella reflejaba en su vida el amor de Dios y la verdad del evangelio. En marzo de 1999, a los ochenta y nueve años, partió a vivir con el Señor. Su vida fue el mejor ejemplo de todo cuanto he escrito en este libro.

Mis experiencias como estudiante en España también resultaron fundamentales para mi crecimiento y comprensión de la evangelización. Allí conocí a Ruth Siemmens. Ella nos dio muestras del amor de Cristo a mí y a todos los amigos que llevaba a comer a su casa. A través de su manera de vivir aprendí qué significaba evangelizar, como un estilo de vida. La respeto profundamente.

A mediados de los setenta, y comienzos de los ochenta, trabajé en el ministerio universitario de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos. Estoy muy agradecida por la calidad de su liderazgo, por su compromiso con una fe integrada con la razón, y por la enseñanza sólida y estimulante que recibí en aquellos años, sin mencionar cuánto disfrutaba el intercambio de ideas con mis compañeros de equipo. Esa experiencia marcó y moldeó mi vida de manera importante. Agradezco mucho el hecho de que jamás me sentí limitada por el hecho de ser mujer. Por el contrario, me estimularon constantemente a usar y desarrollar mis dones.

También doy gracias por las iglesias donde he tenido el privilegio de enseñar y capacitar en los últimos veinte años. A lo largo de estos años ha sido para mí una importante fuente de estímulo conocer a tantos cristianos fieles y comprometidos, ya fueran pastores o laicos.

Mi agradecimiento también a amigos queridos por su ayuda y sus oraciones cuando preparaba este nuevo manuscrito: Jim y Ruth Nyquist, a quienes dedico este libro, Fred y Elisabeth Cathgwoods, Bob y Martha Molenhouse, Doug y Adele Calhoon, Nancy Bergner, Kay York, Leanne Payne, Susan Yates, Susi Nevius, Jody McCain, Char Sandberg, Margaret Philbrick, David y Felicity Bentley-Taylor, y David y Pam Bock. Valoro también el estímulo que significaron las conversaciones sobre evangelización con gente del equipo de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos en mi región: Rick Richardson, Debbie Abbs, Mark Ashton, Jim Sire y Doug Schapp.

Muy especialmente doy gracias a mi esposo, Dick, por su amor, su apoyo entusiasta y su espíritu de sacrificio que hicieron posible que escribiera este libro. Cada día doy gracias a Dios por su vida. Y mi agradecimiento se extiende a mis maravillosos hijos, Elisabeth y David.

Debo hacer una aclaración sobre las personas cuyos nombres aparecen en el libro. Excepto Mary (en el capítulo uno), Stephanie

(en el capítulo uno) y Pamella (en el capítulo once), los nombres de todas las personas que figuran sin apellido han sido cambiados para proteger su identidad.

Lo que escribí en 1979 sigue teniendo validez hoy. Tengo la profunda convicción de que en gran parte nuestra evangelización es ineficaz porque dependemos demasiado de las técnicas y de las estrategias, como si fuera una cuestión de ventas. Estoy convencida de que debemos poner los ojos en Jesús, y en la calidad de vida a la que él nos llama, para saber en qué debemos creer y cómo llegar a otros. Esta es la premisa básica de todo el contenido y la estructura de este libro.

Es mi anhelo y mi oración que quienes lean este libro sean bendecidos, para vivir como sal y luz, y para ser agentes de Cristo que llevan esperanza y sanidad a este mundo quebrado.

1

*En* España  
y *sin*  
PODER  
dormir





**C**RISTIANOS Y NO CRISTIANOS TENEMOS ALGO EN COMÚN: nos ponemos tensos cuando se trata de la evangelización. Nuestra tensión, como cristianos, parece expresarse en la pregunta: *¿Debo ser respetuoso hacia la gente y olvidarme de la evangelización, o debo bombardearlos con el evangelio y olvidarme de su dignidad como seres humanos?* Muchos cristianos prefieren ser respetuosos... pero luego sienten culpa por no evangelizar.

## **Un año en el exterior**

Así me sentí cuando cursaba el último año de mi carrera en la Universidad de Barcelona, en España. Quería que mis amigos conocieran a Dios, pero cada vez que reunía el coraje para hablar de Jesús, me venía a la mente la figura de un cristiano agresivo tomando por la solapa a una víctima indefensa. Antes de convertirme al cristianismo, pensaba que los cristianos eran gente rara que andaba repartiendo folletos en las esquinas y arrinconando a desconocidos. Me aterraba la idea de que mis amigos me consideraran igualmente rara. ¡Y en el fondo, yo hubiera estado de acuerdo con ellos!

Tenía la impresión de que para evangelizar se requería una dosis de insensibilidad y la capacidad de soltar, sin respirar siquiera, un resumen del evangelio aprendido de memoria, frente a cada desconocido con el que uno se encontrara. No se me ocurría que podía ser válida la manera afectuosa en que, por una cuestión de mero sentido común, siempre me había relacionado con la gente, aun antes de convertirme. Cuando todavía no era cristiana, me sentía ofendida si alguien trataba de imponerme la religión sin siquiera molestarse en descubrir quién era yo o en qué creía. Ahora veo que era una reacción adecuada: es lógico sentirnos ofendidos cuando alguien nos trata como su proyecto de evangelización en vez de tratarnos como personas.

Cuando me hice cristiana, pensé que para ser espiritual debía deshacerme de mi sentido común. Pensaba que debía estar dispuesta a ‘ofender por amor a Jesús.’ La manera en que yo pensaba que debía compartir mi fe iba en contra de mi naturaleza. Sabía, sin embargo, que los cristianos estamos llamados a hacer cosas difíciles. Precisamente porque me resultaba tan difícil, pensaba que ese tipo de evangelización seguramente era espiritual. La consecuencia de esta lógica un poco retorcida era que postergaba lo más que podía el dar



**A menos que**

**me interese**

**por mis amigos,**

**nunca prestarán**

**atención al**

**evangelio.**

testimonio. Cada vez que la culpa se volvía insoponible, me lanzaba sobre algún escéptico desprevenido y lo sometía a un monólogo sin interrupción, para luego desaparecer pensando: *¡Uff, ya está!*

Paradójicamente, también sabía que a menos que me interesara por mis amigos, nunca prestarían atención al evangelio. Me conmovía profundamente la forma en que Jesús demostraba compasión por la gente que encontraba a su paso. Yo quería hacer lo mismo, aunque no se me ocurría que eso tuviera mucho que ver con la evangelización. Trataba de servir y de preocuparme por las personas que Dios había puesto alrededor de mí, pero me sentía culpable por no presentarle el evangelio a cada persona que se me cruzara.

No es que nunca hablara de mi fe; sin embargo, mirando retrospectivamente, me doy cuenta de que estaba demasiado paranoica respecto de cómo la gente podía llegar a reaccionar, y en consecuencia decía mucho menos de lo que debía decir. Básicamente, había una cosa que me impedía hablar: pensaba que, a menos que soltara todo el rollo de una sola vez con cada persona que me encontraba, no estaba ‘evangelizando’. Cuando mis amigos de la Universidad de Barcelona dijeron que tenían curiosidad por mi fe y comenzaron a hacer preguntas, pensé: *¡Es increíble! ¡Y pensar que ni siquiera estaba evangelizando!*

De esa manera me acercaba al fin de mi año en España, buscando establecer relaciones de solidaridad y afecto con los estudiantes, y pidiendo a Dios que tocara sus vidas. También le pedí que me enseñara a compartir mi fe y que me librara del temor.

Durante ese año viví con Ruth Siemens; ella trabajaba en un ministerio en la universidad llamado Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos. Ruth es una mujer sorprendente, llena de dones; una persona inteligente, con gran entusiasmo y visión. Cada vez que hablábamos de mi deseo de servir a Dios, ella me sugería que

iniciara un grupo de estudio bíblico para mis amigos que estaban en un proceso de búsqueda. Yo actuaba como si me pareciera algo interesante, pero interiormente pensaba que era absurdo.

### **Mis primeras sorpresas**

Ruth fue persistente, y finalmente decidí hacer lo que me sugería. Ella me enseñó cómo invitar a mis amigos a estudiar la vida de Cristo. Suponiendo que estábamos conversando sobre temas que podían relacionarse con lo espiritual, podría decir: ‘¿Te gustaría venir a un grupo de estudio sobre la vida de Jesucristo?’ o bien ‘¿No sería interesante examinar los documentos originales para ver por ti mismo qué es lo que Jesús dice y quién declara ser?’ ‘¿Por qué no comprobar por nosotros mismos cómo entendía Jesús el lugar de la mujer?’

Cuando llegó el momento, mi temor era tan grande que quedé paralizada y apenas logré murmurar: ‘Supongo que no querrán venir a un estudio bíblico, verdad?’ Para mi sorpresa y alarma, todos dijeron que era una buena idea y que les gustaría participar. El estudio comenzaría el miércoles siguiente por la tarde, en mi departamento.

Una de las sorpresas fue la clase de personas que querían venir. Sin darme cuenta me había formado una imagen del tipo de personas a quienes Dios me llevaría: personas un tanto pasivas o solitarias o vulnerables. Pero las personas que Dios trajo a mi vida no fueron en absoluto del tipo ‘anémico’. Todas parecían absolutamente normales. Eran personas interesantes, vitales; tenían opiniones propias respecto a la existencia de Dios al igual que con respecto a todas las demás cosas. Jamás había pensado que pudieran estar abiertas a las cuestiones espirituales.

Luego conocí a Mary. Era una joven irlandesa que estaba haciendo un curso de un año en España. Era inteligente y divertida, y tenía una respuesta rápida para todo. La invité a almorzar para que conociera a mis compañeras de pensión. Repentinamente, sin saber que yo era cristiana, dijo: ‘¡Este ha sido el mejor mes del año! ¡He conseguido que tres personas dejen de ser cristianas!’

Tragué saliva y pensé: *¡Gracias a Dios que no la invité al grupo de estudio bíblico! Me moriría si alguna vez viniese alguien así.*

Al día siguiente me crucé con ella después de clase y me dijo con una sonrisa algo socarrona: ‘Te veo el próximo miércoles a la tarde. ¡Será divertido! ¡Por nada del mundo me lo perdería!’

Sonreí sin entender. ¿Qué pasaba el próximo miércoles? ¡No, no era posible! ¿Cómo se había enterado? ¿Quién se lo había dicho? Nada podría ser peor que tener a Mary en el grupo de estudio bíblico.

Corrí a mi departamento y conté la terrible noticia a Ruth y a mi compañera de cuarto, Kathy Lang. Inmediatamente noté una expresión divertida en sus rostros.

—Bien. ¿Quién fue? —exigí saber— ¿Quién me traicionó?

Se rieron pero se negaron a confesar. Simplemente dijeron que Dios estaba respondiendo a mi oración de traer estudiantes espiritualmente abiertos al estudio bíblico. Yo sólo gemí y me pregunté a quién más traería Dios que fuera tan abierto y receptivo como Mary.

Una cosa estaba clara: Dios y yo teníamos opiniones absolutamente diferentes acerca de quiénes eran las personas espiritualmente abiertas. Dios parecía sentir particular atracción por los casos difíciles, y yo sentía que quería dármelos todos a mí.

Los cristianos de toda Barcelona estaban orando por mí. Era prácticamente mi primera experiencia como líder de un grupo de estudio bíblico, y estaba aterrada. Llegó el miércoles. El estudio debía comenzar a las 19.00 horas. Eran las 19.15 cuando finalmente sonó el timbre. Abrí la puerta esperando ver al grupo, pero ahí estaba Mary, sola. Entró tranquilamente, echó un vistazo alrededor y dijo:

—Bueno, parece que esta noche no va a quedar un solo lugar libre.

—Sí... bueno, todos están ocupados ¿sabes? Y es un poco temprano todavía. Ponte cómoda, vuelvo enseguida —dije y corrí al baño, cerré la puerta y rompí a llorar. Me sentía ridícula. Todo el mundo estaba orando por mí y me preguntarían por el estudio bíblico. Y de todas las personas que podrían haber venido, justamente Mary tenía que ser la única.

Decidí conversar amablemente, con la esperanza de que se fuera pronto. Pero en lugar de irse, abruptamente me preguntó:

—¿Por qué eres cristiana? ¿Cómo puedes ser una persona racional y al mismo tiempo rechazar tu capacidad de razonamiento? Es un suicidio intelectual creer en algo sin tener ninguna evidencia que lo apoye.

—Mary —dije con un coraje inesperado—, estoy completamente de acuerdo contigo. Siempre me ha sorprendido que haya personas que aceptan a Cristo ciegamente. ¿Pero sabes qué otra cosa me intriga? Me intriga que haya personas que rechazan ciegamente el cristianismo sin molestarse en investigar las evidencias.

Así comenzó una conversación de dos horas. Discutimos temas como la historicidad de los documentos del Nuevo Testamento, la singularidad de Jesús y las evidencias de la resurrección. A mí me pareció que fundamentalmente había sido un ejercicio intelectual.

Luego, cuando se iba, le puse en las manos el libro de John Stott, *Cristianismo básico*.<sup>1</sup>

—Léelo cuando puedas en los próximos años —dije mientras caminábamos hacia la puerta. Nadie podría acusarme de haber utilizado tácticas de persuasión con ella.

Al día siguiente los demás que iban a asistir al estudio se disculparon; me dijeron que se habían olvidado por completo y prometieron estar el próximo miércoles sin falta. Y llegó el miércoles. Me sentía un poco más segura. Dios no me haría pasar por otra experiencia como la anterior. Una vez más había pedido a varios cristianos de Barcelona que oraran.

Se hicieron las 19.00 horas, las 19.10, y 15 y 20 y finalmente sonó el timbre. Corrí a la puerta, ansiosa por ver a mis amigos. Abrí la puerta de par en par, pero había una sola persona allí: Mary.

Una vez más dio una rápida mirada alrededor y dijo: ‘¡Este estudio bíblico es una bomba! ¡Nunca antes había visto tanta gente!’

Eso fue suficiente. Era lo más cercano al martirio que jamás hubiera experimentado.

—Mary, ¿me disculpas un momento? Vuelvo enseguida —dije, y corrí nuevamente al baño. No lo podía creer. Por la segunda semana consecutiva había preparado el mismo pasaje. Había orado cada día. ¡Y la única asistente ‘fiel’ era Mary!

No lo podía entender, pero volví junto a Mary con la esperanza de que se iría pronto y me quedaría sola para poder llorar. En lugar de eso, dijo:

—Leí el libro que me diste. Cuando llegué al capítulo sobre el pecado, quería esconderme debajo de la cama.

En ese momento no se me ocurrió pensar que el Espíritu Santo la estaba convenciendo de su pecado. Luego me bombardeó a preguntas y me relató muchas cosas de su vida y de su familia. Comencé a percibir por primera vez quién era: una muchacha sensible que sabía esconder muy bien sus dudas y sus heridas. Me conmoví mientras compartía su vida conmigo, y sentí que verdaderamente me interesaba por ella.

Pensé que tal vez Dios sí la estaba buscando; pero su desdén y rechazo inicial hacia el cristianismo todavía me intimidaban. Lo que yo no reconocía era que el hecho de que Mary me acosara a preguntas, que viniera al estudio, que se mostrara hostil, eran todas señales de que estaba luchando con Dios.



**Me intriga que**

**haya personas**

**que rechazan**

**ciegamente**

**el cristianismo**

**sin molestarse**

**en investigar**

**las evidencias.**

Mary me miró repentinamente a los ojos y dijo:

—Siento que Dios está allá —hizo un gesto con la mano—, y yo aquí. Realmente he querido conocer a Dios toda mi vida. Pero ¿cómo cruzo la brecha? ¿Qué debería hacer si quisiera ser cristiana?

Fue como una bomba. Nadie me había hecho jamás esa pregunta. Me sentí no solamente inepta sino aterrada de que en ese momento crucial Dios no se hiciera presente. La sola idea de enfrentar una situación así me hacía temblar. Y ahí estaba Mary, pidiéndome que la ayudara, ya mismo, aquí y ahora.

—Bueno, ¿qué debería hacer? —preguntó.

—Eh, bueno, supongo que podrías, eh... orar —respondí débilmente.

—No sé hacerlo. ¿Qué debería decir? —insistió.

—Bueno, supongo que podrías decirle a Dios lo mismo que me dijiste a mí —tartamudeé.

—Bien, ¿cuándo debo hacerlo? —preguntó.

—Puedes decírselo ni bien llegues a tu casa —contesté poniéndome de pie de un salto y conduciéndola fuera de la habitación. En cuanto llegues a tu casa, dile todo —dije mientras la empujaba hacia afuera—. Y lee el último capítulo del libro de Stott sobre cómo hacerse cristiano —grité mientras ella bajaba las escaleras, un poco desconcertada.

Me sentí espantosamente mal. Dios no estaba pidiéndole a John Stott que guiara a Mary a la fe; me lo estaba pidiendo a mí, y yo había fallado. Me había sentido avergonzada e incómoda, incapaz de ayudar a Mary; carecía de la fe y de las agallas para confiar en que Dios realmente se haría presente y que él podía usarme.

Traté de olvidar lo ocurrido. Después de todo, quizás sólo había sido un momento de emoción y Mary se hubiera sentido terriblemente incómoda después, si yo hubiera hecho algo al respecto.

Al día siguiente Ruth regresó de un viaje. A medida que le relataba mi experiencia con Mary, se entusiasmaba cada vez más. Me interrumpió, con los ojos luminosos, y dijo:

—¡Ya sé, Becky, finalmente la llevaste a Cristo, verdad?

Yo contesté un poco avergonzada:

—No, en realidad la llevé hasta la puerta.

Fue la única vez que vi a Ruth incapaz de ocultar su desilusión.

—¡Becky! ¿Por qué no? Has llevado a otros amigos a Cristo, ¿verdad?

—Eh... No recuerdo bien... creo que... en realidad, no.

Mary volvió un par de días después. Me sorprendió escuchar lo que había ocurrido después de dejar mi departamento, y me resultó

graciosa la manera en que Mary describía lo sucedido. Le dijo a Ruth en un tono un poco molesto:

—Bueno, le pregunté a Becky qué hacer y me dijo que me fuera a casa. Pero por lo menos me dijo que leyera el último capítulo de ese libro. Escuchen, realmente creo en todo esto e hice la oración que está al final del libro. ¿Eso significa que ya estoy ‘adentro’?

Ruth le aseguró que verdaderamente era una hija de Dios. Yo seguí un poco escéptica y esperé hasta ver los resultados. Debo decir que los resultados fueron que Mary creció rápidamente en su fe, y hasta el día de hoy es cristiana. Sin duda Dios había estado trabajando en ella desde mucho antes de que yo la conociera.

### **Ser uno mismo**

De esta experiencia me quedaron dos sensaciones. Por un lado, un sentimiento de fracaso. Creo que podría decir sin temor a equivocarme que fallé, sin importar qué parámetro utilizara para la evaluación. Me sentía triste por mi falta de fe y de coraje, pero no estaba desesperada. De hecho, el otro sentimiento era de esperanza. Esa experiencia me hizo comprender que cuando Dios está buscando a una persona, él no permitirá que mi falta de conocimiento o de experiencia impida a esa persona encontrarlo. Vi el poder de Dios obrar por encima de mi torpeza, ayudándome a hablar con Mary.

Cuanto más reflexionaba, más comprendía que no lo podría haber hecho peor. Sin embargo, ¡Mary había sobrevivido! A pesar de todos mis errores, Dios me había utilizado. Acepto que yo no era mucho más que una presencia cálida sentada frente a ella, pero la había guiado hacia el libro adecuado, había tratado de responder a sus preguntas y me había interesado sinceramente por ella.

Esa experiencia me obligó a reflexionar seriamente sobre mis problemas con la evangelización. Creía que sólo se podía tener éxito con una presentación impecable y varios versículos memorizados. Pero descubrí que Dios había sido glorificado por medio de mi debilidad.

Mi peregrinaje desde aquella experiencia con Mary hasta donde me encuentro ahora ha sido largo, y hubo muchos fracasos. Si alguien me hubiera dicho entonces que alguna vez escribiría un libro sobre evangelización, me hubiera reído a carcajadas. Era absolutamente impensable.

Cuando hablo sobre la evangelización, con frecuencia siento que las personas esperan ansiosamente lo mismo que yo esperaba entonces: un método garantizado; la fórmula mágica que siem-



pre funciona 'o le devolvemos su dinero'. Pero aunque tuviera una fórmula así para ofrecer, sé que no funcionaría. Nuestro problema no es la falta de información, sino que *no sabemos ser nosotros mismos*. Olvidamos que somos llamados a ser testigos de lo que hemos visto y sabemos, no de lo que no sabemos. La clave es la autenticidad y la obediencia, no un doctorado en teología. No hemos entendido que realmente está bien ser como somos cuando estamos en compañía de personas que están buscando a Dios, aun cuando nuestros conocimientos de las Escrituras sean limitados y no tengamos todas las respuestas a sus preguntas.

**La clave es  
la autenticidad  
y la obediencia,  
no un doctorado  
en teología.**

Estoy convencida de que esta incomodidad con los no cristianos refleja que nos sentimos incómodos con nuestra propia humanidad. No estamos seguros de lo que significa ser humanos (o espirituales, si vamos al caso); nos resulta difícil relacionarnos con el resto del mundo de manera humana y natural. Por ejemplo, muchos de nosotros evitamos evangelizar por temor a ofender. ¿Por qué no les decimos honestamente a nuestros amigos que tenemos este temor?

Una tarde conocí a una estudiante. Nuestra conversación se fue orientando hacia el tema de la fe y si creíamos o no en Dios. La charla se dio naturalmente, casi sin pensarlo. Comencé a hablarle acerca de mi fe en Cristo y se mostró interesada. Pero a medida que mi entusiasmo iba en aumento respecto de lo que significaba ser cristiano, ella parecía replegarse emocionalmente. Yo seguía hablando de Jesús. Sabía que la estaba ahuyentando pero no sabía qué más hacer.

De repente comprendí qué ridículo era todo aquello, así que le dije:

—Mira, esto me hace sentir muy mal. Me entusiasma hablar acerca de quién es Dios y lo que él ha hecho en mi vida, pero odio que la gente trate de imponerme su religión por la fuerza. De manera que si me estoy poniendo muy pesada, por favor, dímelo.

Me miró, sorprendida.

—No puedo creer lo que acabo de escuchar, quiero decir, no puedo creer que lo digas sinceramente —respondió—. Jamás imaginé que los cristianos tuvieran conciencia de que uno detesta ser receptor de un monólogo.

(No fue precisamente un elogio a mi habilidad para evangelizar.)

—La mayoría de los cristianos que conozco dudan mucho en compartir su fe *precisamente* por temor a ofender —dije.



—Con tal de que la gente sepa que ustedes son conscientes de la situación ¡pueden hablar todo lo que quieran! —respondió al instante—. Y quiero que digas a los demás cristianos que yo te lo dije.

Su respuesta fue muy lúcida. Había quedado claro que teníamos algo en común: yo no quería someterla a una descarga del evangelio y ella tampoco quería que yo lo hiciera. Es una reacción natural. Lo que le sorprendió a ella fue que yo también era un ser humano, no una súper-piadosa que nunca ponía los pies sobre la tierra. En realidad, a mí me ofenden las mismas tácticas que a ella. Así, sobre la base de los fuertes lazos humanos que nos unían, me sentí libre para compartir mi fe.

### **Temer a Dios, no a la gente**

Dios me ha dado cada vez más libertad para hablar de él a otros. Al reflexionar sobre mi incomodidad en cuanto a la evangelización, descubrí una serie de cosas acerca de mí misma.

Por un lado, tenía tanto miedo de que me consideraran una fanática religiosa o una de esas personas que tratan de meter la Biblia a la fuerza, que con frecuencia me quedaba callada cuando se hablaba de Dios. Me importaba más cómo me veía la gente que cómo me veía Dios.

Mientras estudiaba en España, comprobé que las personas que tienen ideas definidas y las comunican con claridad por lo general generan más respeto y más respuesta que aquellas que dan la impresión de disculparse por no tener convicciones firmes. Me llamaba la atención ver cuán ‘evangelizadores’ y valientes eran los marxistas en la universidad. Su estilo no era pesado, pero estaban convencidos y lo demostraban. Comunicaban sus creencias en forma coherente con entusiasmo. Me sorprendía ver lo abiertos que se mostraban los demás estudiantes, y el respeto que sentían por quienes tenían convicciones firmes y estaban dispuestos a defenderlas.

Toda mi paranoia acerca de cómo suponía que la gente respondería si me atrevía a hablar de Cristo me ponía a la defensiva. Si había participado de un retiro espiritual, tartamudeaba cuando los demás me preguntaban cómo había pasado el fin de semana. Trataba de esconder la Biblia debajo de los otros libros para que mis compañeras no cristianas no pensarán que era rara. (¡Como si ese tipo de comportamiento evitara que la gente me considerara rara!)

Me decía a mí misma que me comportaba así para no cometer ninguna torpeza con aquellos compañeros que estaban buscando la verdad. Pero lo cierto es que yo resultaba rara mientras que los mar-

xistas parecían seguros y convencidos. Finalmente tuve que admitir que el apóstol Pablo tiene razón cuando dice que si primero tememos a Dios, luego trataremos de persuadir a la gente (2 Corintios 5.11). Servimos mejor a aquello que tememos (o respetamos por encima de todo). Al sentir temor por lo que los demás pudieran pensar de mí, trataba de agradarlos a ellos y esto se volvía en mi contra. Cuando comencé a temer y respetar a Dios por encima de todo, y luego empecé a servirle, sentí una nueva libertad para compartir mi fe, sin importarme si ganaba o no el concurso de popularidad. No es que ahora evangelizaba de manera agresiva, simplemente tenía más coraje. Y lo curioso fue que a partir del momento en que dejé de preocuparme por agradar a los demás y traté de agradar a Dios en primer lugar, la gente comenzó a escucharme más y a interesarse por conocer más.

La segunda cosa que descubrí fue que yo no comprendía los anhelos genuinos de otras personas. Aunque percibía las necesidades y el vacío en la vida de mis amigos, no podía creer que era a Jesucristo a quien estaban buscando en realidad. Jesús era para la ‘gente religiosa’, no para mis amigos. Ni yo misma esperaba que respondieran al evangelio, y por lo tanto no lo hacían.

Yo temía que Jesús fuera sólo ‘cosa mía’. ¿Acaso no era pretencioso sugerir que mi visión era la única acertada? Pero cuando fui creciendo en mi comprensión de la naturaleza del cristianismo, vi que nuestra fe descansa en datos históricos tanto como en la experiencia personal. Eso era lo que importaba, no lo que yo sintiera interiormente. Dios me pedía que no me apoyara en mis propias ideas o emociones sino en la persona y en la obra de Cristo. Encontré que Jesús había sido realmente molesto, y desde entonces ya no me preocupé de que me acusaran a mí de parecer inflexible. Podía responder: ‘Lo sé. Pero lo interesante es que también Jesús dijo muchas cosas escandalosas. La gente de su tiempo se sintió tan molesta como nosotros por sus exigencias. ¿No sería interesante averiguar por qué creía que tenía derecho a decir las cosas que dijo?’

Sin embargo, me paralizaba el temor de ofender a las personas y arruinar para siempre su posibilidad de entrar al reino de Dios. Entonces pensaba: ‘Simplemente voy a ser amable y sonreír, y confiar en que los demás entenderán.’ Pero las promotoras comerciales también sonríen, y testificar para Cristo no puede reducirse a eso. Además, me daba cuenta de que me estaba dando demasiada importancia. Lo que sentía era que si cometía un error o no podía responder alguna pregunta, entonces todo estaba perdido. ¡La vida eterna de alguien dependía de mi habilidad para saber todas las respuestas!

Si alguien es lo suficientemente sensible para darse cuenta de que puede ofender a otro, entonces ese probablemente no sea su problema. A menudo me encuentro con gente sensible que anda por allí diciendo:

‘Tengo mucho miedo de no ser sensible.’ Se quedan callados cuando lo que necesitan es ser más audaces. Algunos hacen listas de los errores que ellos no cometen, en lugar de encontrar formas creativas de expresar su fe. ‘Jamás he usado artimañas ni he acorralado a las personas como hacen otros.’ ¿Cuán complacido estará Dios cuando nos pregunte qué hemos hecho con nuestra vida y nos limitemos a enumerar y explicar todo lo que *no* hemos hecho?

Finalmente, me di cuenta de que no conseguía hablar de Dios con naturalidad. Me sentía muy bien hasta que surgía el tema de la religión. Entonces me asaltaba la idea de que debía sonar espiritual, y en lugar de escuchar entraba en pánico porque no podía recordar ningún pasaje bíblico. Me transpiraban las manos, y miraba hacia uno y otro lado deseando que nadie más me escuchara; cambiaba el tono de voz y comenzaba a hablar con un estilo ‘religioso’. ¡Después me preguntaba por qué mis compañeros parecían estar tan incómodos cuando hablábamos de cosas espirituales!

La verdad es que era *yo* la que cambiaba. Mi problema era que no creía que Dios podía ser parte natural e integral de una conversación sobre películas, la crianza de los niños, el estudio o la jardinería. Mantenía mis conversaciones acerca de Dios totalmente encuadradas y separadas de la vida ‘normal’.

## La fuerza de la debilidad

La manera en que Mary floreció como joven cristiana influyó en mi fe y en mi habilidad para testificar. La conversión de otra amiga atea, ocho meses después, me permitió hacer nuevos descubrimientos y produjo un cambio permanente en mi vida. Relataré esa historia en el capítulo once. La noche que se convirtió, Stephanie me contó:

En un primer momento pensé: *Está bien; que Becky tenga su religión, es asunto de ella. A mí no me interesa en lo más mínimo.* Luego me invitaste a almorzar y antes de comer me preguntaste si podías dar gracias a Dios por la comida. Pensé: *Ah, qué típico.* Pero no solamente diste gracias por la



**Dios puede ser parte natural e integral de una conversación sobre películas, la crianza de los niños, el estudio o la jardinería.**

comida, diste gracias por mí y por nuestra amistad. Eso fue algo inesperado y me conmovió. Nunca antes había oído a alguien hacer una oración tan personal, mucho menos dar gracias a Dios por *mí*. Nunca había pensado que consideraras que nuestra amistad tenía algo que ver con Dios. Pero luego me recompuse y pensé: *Esto es ridículo, darle gracias a alguien que para mí no existe.*

Un día fuimos al cine y después de ver la película de Bergman dijiste que ese día habías estado estudiando en la Biblia la misma idea que planteaba la película. ¿Una creencia tan antigua podía tener remotamente algo en común con el cine? Otro día me invitaste a hacer un estudio sobre la persona de Jesús tal como lo presenta la Biblia. El problema fue que ese personaje llamado Jesús ¡realmente me impresionó! Parecía muy real. Me encontré preguntándome qué diría Jesús en las diferentes situaciones que me tocaba vivir durante la semana.

¿Sabes lo que más me asombró? Toda mi vida había pensado: *Qué arrogancia la de los cristianos, creerse tan buenos.* Pero después, te conocí... tú estás lejos de ser perfecta, y sin embargo dices que eres cristiana. El primer impacto fue descubrir que te equivocas tanto como yo, pero lo más sorprendente es que tú lo admites y yo no. De pronto comprendí que ser cristiano no significa no tener fallas, sino poder admitirlas. Cuanto más me permitías compartir tu vida, más difícil me resultaba mantener el cristianismo controlado en una caja.

Esa confesión cambió mi vida. Lo que me asombraba era que Stephanie me había visto en todo tipo de situaciones —conocía mi verdadero ser— y eso le daba más fuerza al evangelio, no menos. Yo había pensado que debía ocultar mis dudas y problemas. Creía que si ella llegaba a conocerme verdaderamente nunca se haría cristiana; pero cuanto más abierta y transparente me mostraba (incluso con mis debilidades), más real se hacía Cristo para ella.

Quiero que esto se entienda bien. Cuando digo que debemos ser humanos unos con otros no estoy justificando el pecado. Dios nos llama a la obediencia. No estoy sugiriendo que compartamos nuestras debilidades como si estuviéramos en un ‘concurso de pecados’ para demostrar que somos personas reales. El anhelo de Dios para la humanidad

no es el pecado, sino nuestra obediencia amorosa. También espera nuestra confesión humilde cuando fallamos. Nuestra meta es lograr el equilibrio entre una obediencia absoluta y una humilde franqueza. La paradoja es que, a medida que me abro a los demás y les permito ver quién soy, tanto en las situaciones difíciles y dolorosas como en los momentos de éxito, la gente me dice que allí ve a Dios. Cuando trato de ocultarme (curiosamente, lo hago para salvaguardar la 'buena reputación' de Dios) y pretendo mostrarme segura y sin problemas, entonces sólo pueden ver a Becky.

Tuve que aprender por propia experiencia lo que la Biblia enseña en 1 Tesalonicenses 2.8:

Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no solo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas, porque habéis llegado a sernos muy queridos.

Para compartir el evangelio debemos compartir nuestra propia vida, nuestro propio ser. Si comprendemos que Cristo nos ha liberado para ser auténticos, dejaremos de ver la evangelización como un proyecto, y será nuestro estilo de vida.

Una vez le pregunté a una mujer si se sentía cómoda con relación a la evangelización. '¡Claro que sí!' respondió. 'Lo hago dos veces por semana.' (Parecía que estaba hablando de tomar un complejo vitamínico).

La evangelización no es simplemente algo que uno 'hace' ahí afuera y luego vuelve a la vida normal. Requiere tomar en serio a las personas, sus preocupaciones y necesidades, y luego compartir a Cristo como Señor en el contexto de las situaciones cotidianas de la vida.

El problema surge porque nos resulta difícil creer que Dios muestra su gloria en nuestra humanidad más que en nuestras respuestas programadas. Tenemos temor de que lo que somos no sea suficiente. Ocultamos nuestras preguntas y dudas sinceras, pensando que no sonarán espirituales. Sin embargo, al hacerlo perdemos el mejor recurso para la evangelización: nuestra persona real. No aceptar nuestra humanidad significa perder nuestro genuino punto de contacto con el mundo. Nosotros, más que nadie, deberíamos poder mostrarle al mundo qué significa ser verdaderamente humanos. Cuando miramos a Jesús de cerca, vemos que no tenemos por qué tener miedo de nuestra humanidad.



**Cristo nos  
dio libertad  
para ser  
auténticos.**



# Rebecca Manley Pippert

## S Fuera *del* SALERO Para servir al mundo

### Características y beneficios:

- Ayuda a vencer el temor a evangelizar.
- Muestra de qué manera integrar la evangelización a la vida cotidiana.
- Ilustra los principios bíblicos sobre evangelización.
- Transforma la vida.
- Práctico.
- Con historias de la vida real.
- Divertido y entusiasta.

'Rebecca Pippert es una de las comunicadoras más entusiastas en el mundo cristiano actual'.

Charles Colson

'Rebecca Pippert le da nueva vida a la palabra evangelizar y nos invita a sumarnos con alegría a la tarea.

Este libro llega en el momento oportuno: frente a las opciones diluidas de espiritualidad alternativa, Pippert presenta con ímpetu y claridad el enorme privilegio y la urgente tarea de evangelizar'.

Eugene H. Peterson

Contiene guías de estudio grupales e individuales



Pippert es una conferencista internacional que regularmente enseña sobre renovación espiritual, evangelismo y formación del carácter en iglesias, escuelas, universidades y en seminarios de entrenamiento pastoral. También ha escrito varios libros populares de evangelismo y vida cristiana. Su libro *Fuera del Salero* ha vendido más de 500.000 copias en todo el mundo.

EC

CERTEZA  
UNIDA

ANDAMIO **Certeza**  
Argentina

ETL  
EDITORIAL LÁMPARA

ISBN 950-683-109-2



9 789506 831097